

XIII Jornadas Interescuelas - Departamentos de Historia

**Departamento de Historia
Facultad de Humanidades
Universidad Nacional de Catamarca
10 al 13 de agosto de 2011**

Número de la mesa: 86

Título de la mesa: Las migraciones y los exilios europeos en una perspectiva conjunta (1850-1970)

Apellido y nombre de las/os coordinadores/as: Frid, Carina; De Cristóforis, Nadia; Fernández, Alejandro

Título de la ponencia: La colectividad catalana de Buenos Aires y el proceso de construcción de una identidad propia (1850-1950)

Apellido y nombre del autor: Fernández, Alejandro

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de Luján

Documento de identidad: 12.591.955

Correo electrónico: fernan625@gmail.com

Introducción

Durante unos cien años, entre mediados del siglo XIX y mediados del XX, las asociaciones creadas en la Argentina con el objetivo de agrupar a los inmigrantes europeos según criterios de origen territorial o lingüístico desempeñaron un papel muy destacado, tanto por lo que se refiere a la difusión de hábitos de sociabilidad y recreación, como al desarrollo del asistencialismo, de las manifestaciones culturales y, en ocasiones, de la práctica política. Los focos principales de esa historia rica y multiforme se hallaron en la capital del país y las grandes ciudades de las provincias vecinas, donde fue mayor la concentración de extranjeros durante el período, pero incluso en pequeñas y remotas localidades del interior estuvieron activas durante décadas las mutuales que agrupaban, por ejemplo, a italianos, españoles, franceses o sirio-libaneses.

Los inmigrantes catalanes residentes en Buenos Aires, objeto del presente artículo, lograron establecer en fecha muy temprana una entidad propia, y a continuación fueron ampliando y diversificando sus orientaciones institucionales, en parte por las influencias que llegaban desde la región de origen. Hacia 1920-1930 el asociacionismo catalán podía distinguirse con claridad del español, aun cuando existían numerosos puntos de contacto entre uno y otro. En ese proceso gradual de diferenciación y conformación de una identidad propia habían participado algunos destacados dirigentes que arribaron a la Argentina como migrantes por razones políticas, anticipando en cierto modo las funciones que habrían de asumir los exiliados de la posguerra civil española. Nos proponemos aquí presentar algunas evidencias sobre la trayectoria de esas asociaciones catalanas, introduciendo una serie de reflexiones sobre lo que esta experiencia tiene para ofrecernos, en particular desde el punto de vista de las estrategias institucionales que tendían a la cohesión de la colectividad.

La emigración catalana y los comienzos del asociacionismo

Hay dos aspectos de la emigración catalana a la Argentina que cabe subrayar por la incidencia que habrían de tener sobre la estructura asociativa de esta colectividad. El primero de ellos es su notable continuidad durante aproximadamente dos siglos, a partir de las últimas décadas del XVIII, cuando las reformas borbónicas legalizaron el comercio entre Barcelona y Buenos Aires y facilitaron de hecho el traslado de

emigrantes. El segundo es que se trató de una emigración de baja intensidad, tanto si tenemos en cuenta el total de las personas involucradas cada año como su porcentaje respecto de la población de los lugares de origen. Incluso en los momentos en que la corriente se volvió muy numerosa desde determinadas procedencias –como al alcanzar a los campesinos de Lérida a comienzos del siglo XX-, no se advierten en ella las “fugas” masivas y súbitas, propias de etapas de aguda crisis agraria, que están presentes en algunas de las demás regiones ibéricas o de otros países.¹ Un buen ejemplo, pero no el único, de ese flujo muy persistente pero en pequeñas dosis, llevado a cabo a través de redes de parentesco y paisanaje, es el que vinculó a la ciudad de Mataró y la comarca del Maresme con el Río de la Plata durante todo el siglo XIX.²

La combinación de ambas características permitiría que el asociacionismo catalán de Buenos Aires renovara sus bases y cuadros dirigentes a lo largo del tiempo, sin que, por otro lado, el sistema perdiera representatividad ni resultara colapsado por un exceso de demandas o por un temprano envejecimiento de sus afiliados. Tal es lo que se advierte al analizar la trayectoria de la más antigua de las entidades, el Montepío de Montserrat, fundado en 1857 con el propósito de vincular mediante el socorro mutuo a los residentes catalanes y baleares. La fecha de creación no sólo colocaba al Montepío entre las primeras entidades mutualistas de la ciudad, sino que se anticipaba en más de dos décadas a la de las asociaciones regionalistas, como el primer Centro Gallego, el Laurak Bat o el Centre Català. Esta temprana aparición podría explicarse por el arraigo que ya había alcanzado el socorro mutuo entre los obreros de Barcelona y por el perfil socio-ocupacional diversificado que presentaba la colectividad catalana de la capital argentina y que se trasladó al Montepío.

En efecto, este último no era una sociedad mutual que agrupara sólo a los trabajadores manuales, sino que desde el comienzo contó con una presencia de comerciantes y empleados, en la medida en que se trataba de una entidad étnica y no de clase u oficio. El Montepío ofrecía a todos ellos asistencia médica y farmacéutica,

¹ Desde luego, una razón importante de esa diferencia radica en el hecho de que Cataluña contaba con una estructura industrial y urbana que permitía incorporar, al menos en parte, a la población expulsada del campo.

² Tal como se demuestra en José Moya, *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Emecé, Buenos Aires, 2004, pp.73-81. Experiencias similares de emigración estarían representadas por los nativos de San Feliú de Guíxols que se dirigían a Cuba, o por los de Sitges que se orientan a Puerto Rico durante esa misma etapa. Cf. César Yáñez, *Saltar con red. La temprana emigración catalana a América, ca.1830-1870*, Alianza, Madrid, 1996, pp.41-70; Birgit Sonesson, *Catalanes en las Antillas. Un estudio de casos*, Archivo de Indianos, Gijón, 1995, pp.85-112.

subsidios por los días de trabajo perdidos por enfermedad o accidente, pensiones en caso de invalidez y cobertura del sepelio. Con ello trataba de cubrir las marcadas limitaciones del sistema de salud del país receptor, sin incurrir en la práctica de la beneficencia, ya que sus prestaciones se financiaban mediante el pago igualitario de cuotas y, al menos en teoría, ese pago daba derecho a todos los afiliados a tomar parte en el gobierno de la institución.³ Durante la primera década de su existencia, esta última agrupó a casi dos centenares de afiliados, lo cual representaba alrededor de una quinta parte del total de integrantes de las colectividades catalana y balear sumadas.

A continuación, dos hechos propiciaron una ampliación de su padrón social. Por una parte, la pericia y solidaridad demostradas por la asociación frente a las últimas epidemias importantes que se abatieron sobre la ciudad. En 1873 el Montepío respondió con rapidez a una convocatoria de *El Correo Español*, periódico recién fundado, a fin de asistir a los peninsulares afectados por el cólera, sin distinción de orígenes regionales. La propia entidad catalana perdió en esa ocasión a varios de sus socios y a uno de sus médicos, pero colaboró de manera eficaz con la Asociación Española de Socorros Mutuos para superar la gravísima emergencia sanitaria.⁴ Por otro lado, en los años sucesivos firmó convenios con el Hospital Español y con otras instituciones de salud de mayor envergadura para la internación de sus socios enfermos o para servicios específicos, teniendo en cuenta que la expansión territorial de la ciudad iba haciendo que los nuevos socios provinieran de barrios más apartados.

Esta eficiencia en el campo de la salud habría de ser una marca distintiva de la actuación del Montepío durante mucho tiempo, reconocida por otras entidades, que consideraban al cuerpo de médicos y farmacéuticos de la catalana como uno de los más idóneos de la ciudad.⁵ Por otro lado, la experiencia en el mutualismo habría de mostrar una de sus continuidades más interesantes en el papel que los inmigrantes catalanes desempeñarían en el sector farmacéutico de la nueva república, desde que a comienzos de la década de 1850 se estableció en Buenos Aires uno de los precursores de ambos, el químico barcelonés Miguel Puiggari.⁶ Cuando el catalanismo rioplatense comenzó a

³ Sociedad Catalana de Socorros Mutuos “Montepío de Monserrat”, *Estatutos y reglamento*, s/e., Buenos Aires, 1857.

⁴ Montepío de Monserrat, *Memoria que la Comissió Directiva del Monte-Pío presenta á sos consocis*, Establiment Tipogràfic de L’Ordre, Buenos Aires, 1873, pp.7-10.

⁵ Sociedad Española de Beneficencia, *Memoria correspondiente al año 1886*, Talleres de “El Correo Español”, Buenos Aires, 1887, pp.8-9.

⁶ Cf. Mónica Campins y Ana Pfeiffer, *Los inmigrantes catalanes en los orígenes de la industria farmacéutica argentina*, ponencia presentada en las XXII Jornadas de Historia Económica,

recibir las influencias políticas y culturales provenientes del otro lado del Atlántico, el Montepío mantuvo celosamente su prescindencia respecto de las polémicas que se fueron suscitando, insistiendo en la necesidad de concentrarse en sus funciones asistenciales, sin distinción de banderías o posiciones.⁷

El mutualismo “apolítico” rindió sin embargo sus frutos en otro aspecto, cual es el de la capacidad de la entidad para subsistir y consolidarse, pese a que mantuvo casi sin modificar los criterios iniciales para el reclutamiento de socios. Una reforma de los estatutos realizada en 1881 permitió el ingreso de los hijos de estos últimos, incluso si ya eran argentinos, y otra de 1902 admitió a las esposas. Aun con estas modificaciones, el contorno social de la institución no se extendió más allá de la colonia catalano-balear, lo cual, dado que esta última no era de las más pobladas del conjunto ibérico en Buenos Aires, obligaba a una administración muy prudente de las prestaciones y servicios. En el siguiente gráfico hemos reunido tres indicadores cuantitativos proporcionados –aunque no de manera continua- por las memorias anuales del Montepío, a fin de realizar una evaluación de la marcha de la entidad durante los primeros tres cuartos de siglo de su existencia: la cantidad total de socios, el capital acumulado por todo concepto y los ingresos corrientes y extraordinarios de cada período.⁸

El máximo de socios con el que llegó a contar el Montepío estuvo algo por encima del millar y medio, cifra que probablemente equivalía a una sexta parte del total de varones catalanes adultos que vivían en la ciudad. La representatividad de la entidad no era por lo tanto desdeñable, aunque en cifras absolutas el padrón es desde luego muy inferior al de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, que reunía unos 25.000 socios hacia 1925, o al del Centro Gallego, que llegó a contar con más de 30.000 en la década siguiente. Por otra parte, las etapas de rápido incremento en el número de socios, como la década de 1880 o el período 1901-1913, coinciden con momentos de fuerte ingreso de nuevos emigrantes al país, que contribuían a renovar las bases de la asociación. La

Universidad Nacional de Río Cuarto, setiembre de 2010. En este trabajo se defiende la idea de que las redes sociales de la inmigración catalana, así como el papel de esta última en relación a los servicios de salud, resultaron de gran importancia para la difusión de productos farmacéuticos de ese origen en la Argentina. Paralelamente, sin embargo, esas redes facilitaron la afirmación de saberes y prácticas que impulsaron el desarrollo de una industria autóctona, cuya producción competiría con las importaciones procedentes de Cataluña. A lo dicho por las autoras del artículo, cabría aquí agregar que algunos de los principales empresarios de esa industria, como el geronés Sebastián Bagó, se contaron entre los mecenas del movimiento asociativo catalán de Buenos Aires durante el siglo XX.

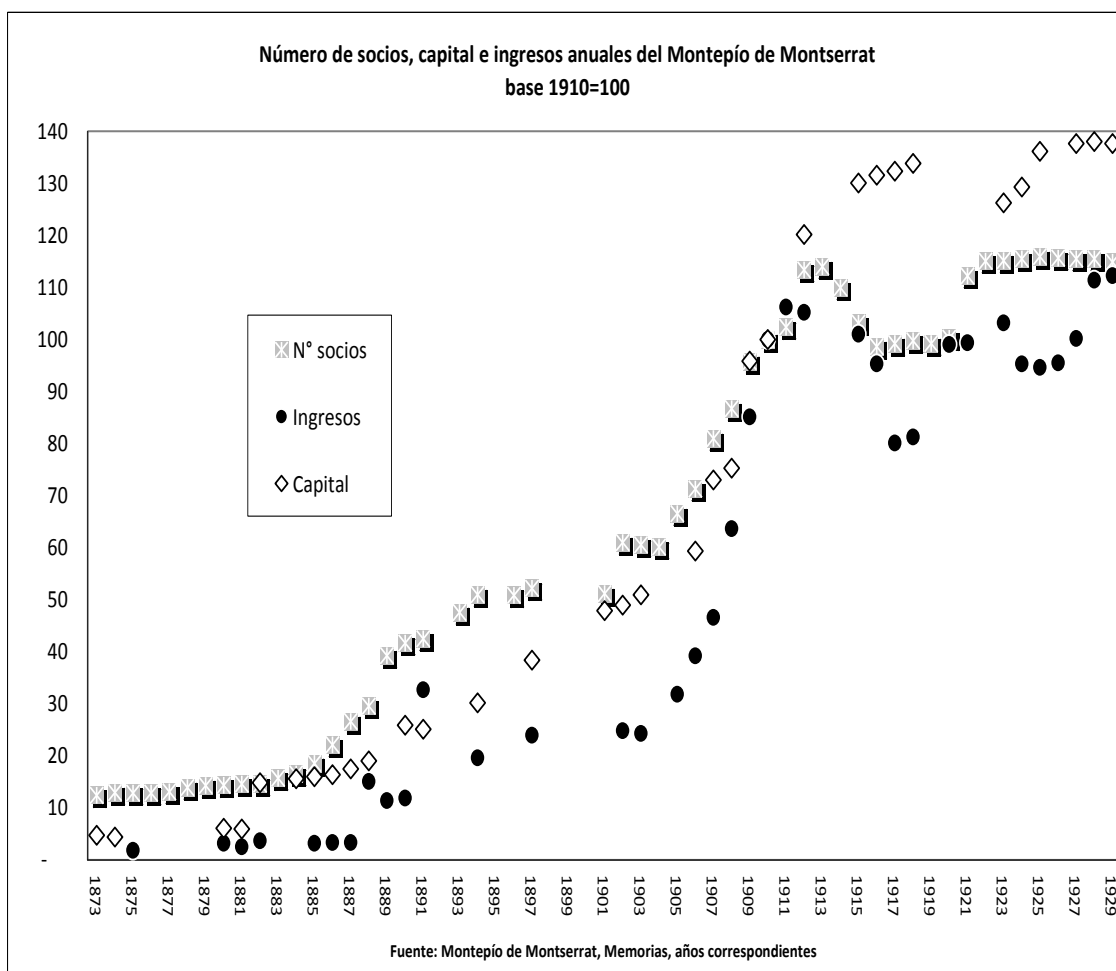
⁷ Cf. especialmente Montepío de Monserrat, *Memoria que la Comissió Directiva...*, op.cit., 1889, p.3.

⁸ Estas dos últimas variables están expresadas en el gráfico en pesos oro, como unidad de valor constante, a fin de evitar las distorsiones provocadas por la devaluación de la moneda argentina, en particular durante la Primera Guerra Mundial y a comienzos de la década de 1920-29.

situación inversa se presenta durante la guerra, no tanto por el retorno de catalanes a su tierra de origen, como por el fallecimiento de antiguos socios y, sobre todo, por la desafiliación de quienes no podían seguir pagando la cuota social regularmente, en una situación de desempleo y retroceso del salario real como la que se vivía en la Argentina. Este último problema también impacta así en los ingresos anuales de la entidad, que sufren una brusca caída durante esos años, luego de un crecimiento muy sostenido –que prácticamente los había triplicado- desde comienzos de siglo. Debe tenerse presente que la estructura ocupacional del padrón había sufrido cambios evidentes durante el medio siglo siguiente a la fundación del Montepío y en particular a comienzos del XX, cuando el abaratamiento de los pasajes transatlánticos y la apreciación de la peseta permitieron emigrar a quienes ocuparían en Buenos Aires los bajos estratos de jornaleros, obreros no calificados y trabajadores de servicio doméstico.⁹ Es decir que el padrón se había vuelto más vulnerable a los cambios en el nivel de ocupación laboral y de salarios.

En cuanto al total del capital acumulado, sus oscilaciones, si bien bastante adheridas también al ciclo inmigratorio, gozaban de una mayor autonomía debido a la reinversión de utilidades anteriores. A mediados de la década de 1890-99, el Montepío fue indemnizado por la Municipalidad de Buenos Aires en el momento en que ésta prohibió nuevos sepelios en el antiguo cementerio de la Recoleta, que ya se encontraba colmado en su capacidad. Apoyándose en esa suma y en los ingresos acumulados en años anteriores, la asociación tomó la decisión de invertir en la compra de propiedades urbanas para luego alquilarlas. Con ello se trataba de contar con una posibilidad de conservar y acrecentar el capital sin que esto dependiera centralmente del arribo y afiliación de nuevos inmigrantes. La estrategia parece haberse revelado exitosa, al menos hasta finales de la década de 1920-29, si tenemos en cuenta que la entidad siguió con un nivel muy elevado de capital acumulado en los momentos de caída de los ingresos corrientes y extraordinarios.

⁹ Las *Memorias* del Montepío incluían información sobre ocupaciones de los socios, a partir de la cual ha sido realizado el comentario. Sendas explicaciones sobre el abaratamiento de los pasajes y el incremento de la oferta naviera pueden hallarse en Blanca Sánchez Alonso, “European Emigration in the Late Nineteenth Century: the Paradoxical Case of Spain”, en *Economic History Review*, LIII, 2, 2000, pp.309-330, y Alejandro Fernández, *Un “mercado étnico” en el Plata. Emigración y exportaciones españolas a la Argentina, 1880-1935*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2004, pp.156-167.



Más allá de sus vicisitudes financieras y de su cobertura asistencial, el Montepío fue durante casi treinta años la única referencia institucional para los catalanes de Buenos Aires, por lo que también alentaba su cohesión interna y promovía sus contactos sociales. Las alusiones a la hermandad y camaradería eran frecuentes en los documentos de la entidad y en los discursos de sus dirigentes. Durante la mayor parte de ese tiempo se trataba esencialmente de una prédica laica, si bien incluía referencias a las antiguas tradiciones religiosas de las cofradías de oficios. Desde comienzos de la década de 1880-89, cuando la virgen de Montserrat fue proclamada patrona de Cataluña por el papa León XIII, el componente cristiano se acentuó en la entidad, aunque nunca llegó a ser hegemónico.¹⁰ La festividad anual de la asociación incluía una misa por los

¹⁰ Ver por ejemplo los discursos del presidente del Montepío y otros dirigentes en ocasión del milenario de la Virgen, en *Memoria que la Comissió Directiva...*, op.cit., 1880, pp.4-11. Cabe señalar que esta vertiente religiosa había tenido su origen en 1755, cuando se fundó la Hermandad de Nuestra Señora de Montserrat, con el propósito de construir la iglesia. Dicho objetivo tardó más de un siglo en concretarse, pero la fundación de la Hermandad es sin dudas uno de los signos iniciales de la identidad catalana en Buenos Aires.

compañeros difuntos en la parroquia porteña de Montserrat, cuyo edificio fue concluido en 1865. La sede del Montepío era muy cercana a la iglesia, en un barrio en el que la colectividad catalana alcanzaba su máxima densidad.¹¹

Todo ello, sin embargo, no era incompatible con la existencia de unos lazos de interacción con las asociaciones españolas de la capital argentina. Hemos mencionado con anterioridad las relaciones institucionales que el Montepío mantenía con el Hospital Español, y su cooperación mutua en casos de extrema urgencia sanitaria, como las epidemias. Más adelante, la asociación catalana participó en la formación de la Patriótica Española, una suerte de federación de entidades que perseguía el propósito de apoyar a España en la guerra de Cuba y de defender la posición de aquélla frente a la opinión pública argentina, mayoritariamente favorable a los insurrectos de la isla. El Montepío siguió aportando a esa entidad muchos años después de finalizado el conflicto antillano, cuando la Patriótica se concentró en la promoción de las actitudes hispanófilas, pese a que para entonces la corriente cultural y política catalanista había arribado con fuerza a las costas rioplatenses.¹²

También eran cordiales las relaciones del Montepío con la representación diplomática española, aunque nunca recibió subsidios o apoyos pecuniarios de esta última. De todos modos, el ámbito de referencia y actuación del Montepío siguió estando circunscripto a la colectividad catalana, con su agregado balear, en la cual reclutaba a sus afiliados, a su cuerpo de profesionales de la salud y a casi todos sus proveedores. La perduración de este criterio inicial reafirmaba la originalidad de su experiencia institucional, sólo replicada por otros grupos regionales en la Argentina –y de manera limitada- mucho tiempo más tarde.¹³

¹¹ Otros signos de la identidad catalana que estaban presentes en el lugar eran la imprenta en la que se publicaba *L'aureneta*, periódico al que nos referiremos más adelante, y las oficinas del Banco de Carabassa, propiedad de un compatriota inmigrante. El Montepío difundía sus actividades sociales a través del rotativo, y depositaba sus fondos en la entidad bancaria, hasta que ésta fue absorbida por el Banco de Londres y América del Sud como consecuencia de la crisis económica de 1890.

¹² Cf. *Memoria que la Comissió Directiva...*, op.cit., 1916, pp.5-6.

¹³ En rigor, no sería hasta la primera década del siglo XX cuando aparecerían en Buenos Aires otras asociaciones de base regional dedicadas a servicios vinculados con la salud, como el Euskal Echea y sobre todo el Centro Gallego. Además, mientras el primero incluía una vertiente de beneficencia ausente en el Montepío, en la mutual gallega los criterios de admisión nunca fueron tan estrictos. En Cuba, por su parte, existía una mutual catalana desde 1840, pero tampoco resulta comparable la experiencia, en la medida en que, tratándose de una colonia española, el asociacionismo de base regional contaba con unas condiciones naturales de desarrollo de las que carecía en Argentina.

El asociacionismo como ámbito de afirmación catalanista

La década de 1880-89 fue especialmente fructífera por lo que se refiere a los vínculos entre Barcelona y Buenos Aires. El gobierno español resolvió por una parte subsidiar la ruta sudamericana de la Compañía Trasatlántica, la principal naviera, hasta ese momento especializada en el tráfico con el Caribe. No solamente el comercio, sino también la emigración al Plata, se vieron favorecidos con esa medida e incrementaron su volumen. Por otro lado, en Buenos Aires se constituyó la Cámara Española de Comercio, en la cual los comerciantes catalanes dedicados a la exportación e importación constituían uno de los grupos más destacados.¹⁴ La circulación de información impresa mejoró a la par de la de las mercancías, abriendo la posibilidad de contar en Buenos Aires con material periodístico y literario de primera mano, en un plazo relativamente breve.

Paralelamente, en la península se afirmaba un regionalismo que defendía la especificidad lingüística, cultural e histórica de Cataluña, lo cual influyó con rapidez sobre la colectividad residente en Buenos Aires. El efecto principal fue la fundación, en 1886, del Centre Català, cuyos objetivos iban más allá de los del Montepío, al apuntar a la promoción y difusión de las expresiones culturales del catalanismo, como el teatro o la literatura. La entidad trató de constituirse en un ámbito de integración de los catalanes y también de formación, a través de las actividades de su escuela de música o de su orfeón.¹⁵ El Centre creó la primera biblioteca porteña que contó con material literario catalán reciente, mientras que algunos de los principales poetas y dramaturgos de la época, como Guimerà o Verdaguer, fueron designados socios honorarios. También eran frecuentes, sobre todo en los primeros tiempos, las conferencias dedicadas a temas como la *Renaixença* catalana o la arquitectura modernista.

A los dos años de su fundación, y siguiendo el ejemplo de lo que ocurría en la propia Cataluña, el Centre comenzó a organizar unos Juegos Florales que alcanzarían un rápido suceso, en los que se presentaban a concurso trabajos de poesía y prosa escritos en catalán. Pero fue sobre todo el legado dejado por un compatriota enriquecido en la Argentina lo que le permitió contar con una sede en la que se destacaría su admirada sala teatral. Esta se convertiría luego de 1910 en el foco principal de la actividad

¹⁴ Alejandro Fernández, *Un "mercado étnico" en el Plata...*, op.cit., pp.105-106.

¹⁵ Centre Català de Buenos Aires, Libro de actas de asambleas, 1886-1907, ff.2-6, conservado en Archivo del Casal de Catalunya de Buenos Aires (en adelante ACCBA).

cultural catalana de la ciudad y de difusión de la misma a un público que excedía largamente a la propia colectividad, sobre todo cuando era visitada por las compañías más destacadas, como la de Margarita Xirgu.¹⁶ Prácticamente desde sus inicios, la estrategia del Centre consistió en subsidiar al elenco teatral estable, que ofrecía representaciones de obras de autores catalanes, destinadas a los socios, recurriendo para ello a las recaudaciones que se obtenían con las veladas en lengua castellana.¹⁷

Todo este empeño no lograba sin embargo ocultar que otra vertiente importante de la actividad del Centre era la recreativa. La entidad era un punto aglutinante de los sectores medios de la colectividad catalana, y parte de las expectativas de la institución estaban volcadas en la formación de un ámbito de sociabilidad para tales estratos, más allá de las actividades culturales. De hecho, si analizamos la composición de su padrón de socios, éste era claramente más elevado que la del Montepío, lo cual puede explicarse por los objetivos diferentes de ambos. Iniciativas que encaraba el Centre en ciertas ocasiones, como el envío de delegados de su junta directiva al puerto y al Hotel de Inmigrantes para conocer las condiciones de viaje y alojamiento de los compatriotas recién llegados, tenían una índole caritativa o filantrópica, no mutualista, y estaban lejos de formar parte de sus cometidos centrales. Hacia comienzos de siglo, el perfil recreativo y lúdico del Centre se acentuó, lo cual llevó a que el gobierno argentino cancelara temporariamente su personería jurídica, al entender que no cumplía los propósitos para los cuales había sido creado.¹⁸

Para entonces, otros núcleos catalanistas se habían ido formando en ciudades del interior de la Argentina, algunos de ellos dotados de intenso activismo, como los de Bahía Blanca o Mendoza. Sus conflictos con las asociaciones españolas de tales lugares o con la prensa hispánica de alcance nacional, respecto del uso de los símbolos de la identidad catalana, como el himno o la bandera, los diferenciaban del Centre de Buenos Aires, que en estas cuestiones tendía a asumir una actitud prescindente. Del mismo modo, en 1907 fue derrotada una moción presentada en sesión de la junta directiva para que el Centre expresara su adhesión a la Solidaritat Catalana, una amplia coalición

¹⁶ Una compilación de los programas de las obras representadas, en algunos casos con recortes periodísticos de sus críticas y comentarios, puede hallarse en dos volúmenes inéditos conservados en ACCBA, que se inician en 1905 y 1935, y se titulan “Funciones teatrales” y “Archivo de crónicas” respectivamente.

¹⁷ ACCBA, Libro de actas de asambleas, 1886-1907, sesión del 29 de diciembre de 1888, ff.44-50.

¹⁸ La personería le fue retirada en 1913 y restituida en 1916, luego de un prolongado contencioso en el que el Centre corrió el riesgo de que sus bienes fueran embargados y en el que contó con el decisivo respaldo legal de la representación diplomática española. ACCBA, Centre Català, Libro de actas de comisión directiva, 1908-1918, sesión del 19 de junio de 1916, ff.375-376.

recientemente fundada en Gerona con el fin de agrupar a las diversas expresiones del catalanismo político. El hecho de que entre los derrotados en esa ocasión se contara el propio presidente de la entidad parece mostrar que por momentos actuaban en su seno ciertos dirigentes que mantenían un contacto habitual con Cataluña y que bregaban, generalmente con escaso suceso, por un mayor compromiso colectivo.¹⁹

Desde luego, el argumento invocado en estas situaciones era que el Centre debía mantener su neutralidad en materia política, tal como establecían sus estatutos. La explicación no estaba sin embargo desprovista de ambigüedades, ya que en otros conflictos la asociación porteña había mostrado sus lealtades. Así ocurrió con motivo de la guerra de independencia de Cuba, que, como hemos visto a propósito del Montepío, generó un importante proceso de cohesión intrahispánica en las asociaciones establecidas en la Argentina. La actitud del Centre fue incluso más decidida que la de la mutual, ya que no solamente adhirió a la formación de la Patriótica Española sino que rompió momentáneamente todo vínculo con los diarios porteños que se expresaban a favor de los insurgentes antillanos.²⁰

La preponderancia de las actividades recreativas y la negativa a asumir una definición más firme de la identidad catalana en la Argentina constituyeron los motivos principales por los que un grupo de antiguos socios resolvió apartarse del Centre y crear una nueva entidad en 1908, bajo el nombre de Casal Català. En el mismo se destacaron desde el comienzo algunos dirigentes recién llegados de Cataluña e imbuidos de una actitud más militante que la habitual en la colectividad porteña, como por ejemplo el profesor Josep Lleonart Nart, primer presidente de la entidad escindida.²¹ Esta actitud se advierte en el tipo de oferta cultural del Casal, en la cual tendía a quedar excluido el componente español. Las obras musicales y teatrales que se representaban en sus

¹⁹ El presidente del Centre explicó este fracaso por el largo tiempo que llevaban viviendo en la Argentina la mayoría de los asociados, lo cual les dificultaba entender las nuevas realidades que se estaban operando en la patria de origen, y que él mismo había observado en un reciente viaje a Barcelona. El episodio aparece en ACCBA, Centre Català, Actas de junta directiva, 1902-1909, ff.352-353.

²⁰ Centre Català, Libro de actas..., op.cit., sesión del 9 de febrero de 1896, ff.124-126. Ricardo Monner Sans, uno de sus dirigentes, publicó incluso un libro abiertamente hispanófilo con motivo de la guerra. Ver Hugo Biagini, *Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva*, CEAL, Buenos Aires, 1995, pp.89-92. Otra iniciativa hispanista a la que el Centre prestó su apoyo fueron las gestiones de las asociaciones españolas para que el gobierno argentino consagrara el 12 de octubre como "Día de la Raza", lo que fue logrado en 1917.

²¹ Lleonart Nart, nacido en Barcelona en 1861, había fundado en esa ciudad el renovador Colegio Montessori. Emigrado a Buenos Aires en 1906, además de estar entre los promotores del Casal, fue el creador de la filial local del Institut d'Estudis Catalans, que se dedicaba a la investigación sobre diversos aspectos de la cultura catalana. Cf. Albert Manent (dir.), *Diccionari del catalans d'Amèrica*, Generalitat de Catalunya, Comissió Catalunya i Amèrica, Barcelona, 1992, Vol. III, p.16.

amplias salas de la calle Florida, en el centro de la ciudad, eran de autores y compositores catalanes, mientras que en los Juegos Florales que la entidad organizó en sus primeros años sólo se admitían textos en ese idioma. Lo propio ocurría con la sección de educación, en la que se impartían clases de catalán y esperanto.

El Casal también contaba con actividades recreativas, como el club de fútbol Barcelona y Río de la Plata, fundado en 1912 y afiliado a la liga argentina, o la sección interna que organizaba excursiones ciclísticas para los socios. En cambio, quedaron excluidas aquellas que habían sido fuertemente cuestionadas en la vida cotidiana del Centre, como los juegos de naipes, el consumo de bebidas alcohólicas o las fiestas de carnaval. Sus iniciativas culturales y recreativas trataban en suma de expresar un catalanismo militante, como se advierte igualmente en la elección del 11 de setiembre – día de la derrota de Cataluña en la guerra de sucesión española- como principal conmemoración anual de la entidad. En esa fecha se realizaba una “velada necrológica” de las libertades catalanas, para la cual se elegían especialmente dramas de tono patriótico.²²

Pero una distinción todavía mayor se encontraba en el perfil político que el Casal comenzó a asumir, al inclinarse hacia la defensa de la autonomía catalana e incluso de la separación respecto de España. Esto hizo que sus relaciones con el cuerpo diplomático fueran de ruptura casi completa y que estableciera condiciones en sus contactos con las asociaciones que se definían como hispánicas. En 1913, por ejemplo, autorizó a su presidente a participar como delegado en un congreso destinado, finalmente sin éxito, a crear una confederación de esas entidades en el país, pero puso como condición que en la declaración final se defendieran los derechos de Cataluña.²³ A comienzos de la década siguiente, el Casal entró en una encendida polémica con algunos de los periódicos de la colectividad, como *El Diario Español* o *El Heraldo de Galicia*, debido a que éstos combatían duramente el nacionalismo catalán. Por otro lado, la radicalización de sus estrategias institucionales habría de tener importantes consecuencias prácticas, ya que sus dirigentes se negaron a tramitar la personería jurídica, alegando que esta última habría obligado a que sus libros de actas contaran con

²² ACCBA, Casal Català, Llibre d'actes de Consell Directiu, N° 1, sessió del 23 agost 1909, ff.16-18.

²³ Ver *Primer Congreso de la Confederación Española en la Argentina*, Buenos Aires, Club Español, 1913, pp.10-25. El compromiso del presidente en la sesión de la asamblea del 27 de abril de 1913 en ACCBA, Casal Català, Llibre d'actes d'assemblea, 1909-1929, f.72.

una versión en castellano y habría facilitado las presiones legales de un cuerpo diplomático español que fuera hostil a la entidad.²⁴

En 1928 el Casal brindó una cálida bienvenida al líder nacionalista Francesc Macià, de gira por América del Sur, quien pronunció una conferencia en su local, mientras su consejo directivo llamaba al boicot de los productos elaborados por los industriales catalanes de la Argentina que sostuvieran posiciones españolistas.²⁵ Pero quizás lo más llamativo fue la campaña emprendida entre sus socios en ese mismo año, a fin de que renunciaran a la ciudadanía española y optaran por la argentina, como forma de repudiar a la dictadura de Primo de Rivera.²⁶ Estas cuestiones se debatían en unas asambleas en las que la concurrencia era por lo común mucho más nutrida que en las del Centre, y las mociones que se presentaban solían expresar unas posturas abiertamente ideológicas. En varias ocasiones se produjeron serios conflictos internos, algunos de los cuales concluyeron con el alejamiento o la expulsión de aquellos socios que estaban a favor de la afirmación de la identidad catalana, incluso en el plano político, pero sin que ello supusiera la ruptura con España.²⁷

Uno de los principales dirigentes de la colectividad que llegó con el exilio de 1939 afirmó en una reconstrucción retrospectiva que mientras el Centre se caracterizaba por su indiferencia acomodaticia, con barniz de apoliticismo, y por ser una institución aburguesada, el Casal mantuvo una orientación popular, militante e incluso extrema del catalanismo.²⁸ La afirmación resulta incuestionable si atendemos a las realidades del funcionamiento cotidiano de ambas instituciones y a sus manifestaciones públicas, al menos hasta finales de la década de 1920-29. En cambio, parece discutible si se pretendiera trasladarla a la composición del padrón social, ya que tampoco en el del Casal había una presencia significativa de obreros, jornaleros y trabajadores manuales en general. Hasta donde lo podemos saber –dado que sus elencos de socios son mucho

²⁴ ACCBA, Casal Català, Llibre d'actes d'assemblea (1925-1940), sessió del 16 juliol 1939, ff.462-468.

²⁵ Además del Casal, en la organización de la visita de Macià desempeñaron un importante papel los comités “Nosaltres Sols”, pequeñas agrupaciones que defendían posiciones independentistas en ciudades como Corrientes, Paraná o Mendoza.

²⁶ Este planteo puede verse en el artículo de Hipòlit Nadal Malloí, dirigente del Casal, titulado “Femnos ciutadans argentins”, incluido en *Articles de contraban, 1923-1927*, La Casa del Arte, Buenos Aires, 1928, pp.15-18.

²⁷ El ejemplo más clamoroso fue el del apartamiento de Martín Dedeu, ex presidente del Casal y militante del republicanismo federal, luego de que se declarara en contra del separatismo en una serie de artículos publicados en *El Diario Español*. Una exposición de sus argumentos puede verse en la obra *El catalanismo en acción. Fijando posiciones*, Buenos Aires, La Facultad, 1919.

²⁸ Cf. Joan Rocamora, *Catalanes de la Argentina. En el centenario del Casal de Catalunya*, El Fénix, Buenos Aires, 1992, p.97.

menos exhaustivos que los del Montepío-, ambas asociaciones tenían una matriz de clase media, destacándose los pequeños empresarios, comerciantes, profesionales y empleados.

Es probable que el Casal contase con un núcleo más consistente de artistas, escritores y periodistas que el Centre, lo cierto es que se trataba de un núcleo más activo en cuanto a la afirmación de la etnicidad o de la proyección político-cultural del catalanismo al Río de la Plata. En nuestra opinión, la imagen antes citada tiende por lo tanto a confundir una mayor politización y democracia interna y unas ciertas formas de sociabilidad austera, características todas del Casal, con una representatividad más amplia de los estratos populares. En algún momento, esta última entidad trató de promover el socorro mutuo como una forma de extender su influencia en tales sectores sociales, creando en 1929 una sección interna llamada “Germanor Mutualista”. La sección tuvo un precario funcionamiento desde sus inicios, debido a las dificultades de compatibilizar la experiencia institucional anterior del Casal con las prácticas mutualistas y al sólido arraigo que en este campo mantenía el Montepío de Montserrat. En 1935 el consejo directivo decidió suprimir la Germanor, sin que ésta hubiese logrado reclutar una masa crítica de afiliados que le permitiera garantizar sus prestaciones asistenciales.²⁹

Tampoco sería correcto sostener que el Centre Català fue constantemente indiferente a las expresiones políticas del catalanismo. A partir del establecimiento de la dictadura de Primo de Rivera en España y de las medidas que fue tomando respecto de Cataluña, esta entidad comenzó a manifestar sus desacuerdos. La eliminación del embrión de autonomía que se había ido logrando en los años anteriores, los retrocesos en las libertades para el uso de la lengua y de los símbolos patrios, tuvieron un efecto muy negativo no solamente sobre los núcleos más politizados, sino sobre amplios sectores de la colectividad de Buenos Aires, como los que nutrían al Centre. La manifestación más rotunda de esa reorientación se produjo en 1927, cuando el Centre rechazó una propuesta de condonación de una antigua deuda que mantenía con el gobierno español por la compra de una parte de su edificio, debido a que la oferta provenía “de un tirano opresor de las libertades catalanas”.³⁰ Esta aproximación a las

²⁹ Reiteradas alusiones a los problemas que presentaba la sección de Germanor Mutualista en ACCBA, Casal Català, Llibre d'actes d'assemblea (1925-1940), sessions del 23 gener 1930, ff.324-327; 3 agost 1932, ff.336-339; 21 gener 1934, ff.357-365.

³⁰ El episodio aparece en la nota de *El Diario Español* dedicada al cincuentenario del Centre, 13 de julio de 1936, pp.4-5.

actitudes que eran habituales en el Casal tuvo continuidad, aunque esporádica, en los años posteriores. En 1932, por ejemplo, fue celebrada con una velada especial la obtención de la autonomía para Cataluña, y en 1935 se modificaron los estatutos para incluir como socios honorarios a los integrantes del gobierno de la Generalitat.³¹

Durante la guerra civil española, tanto la condena del alzamiento franquista como la movilización para coleccionar víveres, medicamentos y otros elementos de ayuda humanitaria y patriótica para enviar a Barcelona estuvieron principalmente a cargo del Casal, pero en esta entidad se produjeron conflictos internos que dificultaron la colaboración ya desde comienzos de 1937. Por una parte, sus funciones tendieron a superponerse con las del Comité Llibertat, un grupo político que había sido fundado en 1922 para brindar apoyo al ideario de Francesc Macià. El Comité era encabezado por Pere Seras Isern, uno de los portavoces más activos y radicales del catalanismo porteño, y al mismo tiempo integrante del consejo directivo del Casal.³² Pese a las exhortaciones de la Generalitat, no fue posible evitar las disputas sobre este punto y organizar racionalmente la ayuda hasta los últimos meses de la guerra, debido a las objeciones que generaba la injerencia del Comité en un sector importante de la dirigencia del Casal.

Un segundo frente de conflicto, que oponía aproximadamente a los mismos grupos contendientes, era el referido a la actitud que se debía asumir frente al cuerpo diplomático de la república española. El ingeniero Ramón de Fortuny, presidente del Casal que había logrado la reelección debido a los logros institucionales de su primer período de gobierno, fue cuestionado por Seras Isern y otros independentistas por lo que consideraban una actitud excesivamente abierta a la cooperación con el embajador Ossorio y Gallardo. Luego de recurrentes discusiones en las asambleas, Fortuny presentó su renuncia a fines de julio de 1938, pese a la firme defensa de su accionar que intentaron varias de las figuras más prestigiosas de la entidad, incluido su primer presidente Lleonart Nart.³³

A la vez, la guerra y sobre todo su trágico desenlace propiciaron los intentos de reconstruir la cohesión de la colectividad, mediante la reunificación de sus dos principales asociaciones. A ese fin también contribuía el hecho de que las fortalezas y

³¹ ACCBA, volumen inédito titulado “Estatuto del Centre Català de Buenos Aires”, ff.1-20.

³² Sobre la actuación de Seras Isern puede consultarse Marcela Lucci, “La bandera de los ‘catalanes de América’: un ensayo de organización desde el exilio”, en *Cuadernos de Historia de España* [online], Buenos Aires, Vol.82, 2008, pp.191-212.

³³ El detalle de las discusiones sobre ambos puntos de conflicto puede verse en ACCBA, Casal Català, *Llibre d’actes d’assemblea (1925-1940)*, sessions del 28 febrer 1937, 18 juliol 1937, 13 febrer 1938, 31 juliol 1938, ff.406-445.

debilidades de ambas instituciones eran en cierto modo complementarias. Por un lado, el Centre contaba con una personería jurídica que había demostrado sus ventajas a la hora de obtener créditos hipotecarios para la conclusión de su sede social, con un teatro que se contaba entre los más concurridos de la ciudad y con la mejor biblioteca local de literatura catalana, pero languidecía en los demás aspectos de su actividad cultural. Además, sus vínculos externos eran limitados, ya que la preponderancia de sus funciones recreativas no había contribuido a mantener su prestigio. Por el otro, el Casal era la principal referencia argentina de quienes intentaban reconstruir la Generalitat en el exilio y llevaba a sus espaldas una trayectoria de tres décadas de defensa a ultranza del catalanismo. Sin embargo, su elenco de socios había dejado de crecer en los años recientes y las dificultades económicas eran apremiantes, ya que sus recursos se circunscribían a las cuotas mensuales y a las contribuciones extraordinarias de unos pocos mecenas.

El proceso de reunificación se llevó a cabo durante la primera mitad de 1940. Las dos entidades se disolvieron, dando lugar a una nueva, el Casal de Catalunya, cuya sede se encontraría en el palacio de la calle Chacabuco, incluyendo el teatro. Por otro lado, los patrimonios y los elencos de socios quedaron integrados, decidiéndose también que el idioma a emplear sería sólo el catalán, lo cual suponía una concesión del Centre. La nueva entidad heredó del viejo Casal su intenso activismo, al menos durante el primer quinquenio de su existencia, potenciado sucesivamente por la cuestión de los exiliados, por la oposición a la represión instaurada por Franco y por las expectativas que se fueron creando hacia fines de la Segunda Guerra Mundial en cuanto al próximo derrumbe de su régimen.

Con sus conflictos y contradicciones, las asociaciones catalanas habían desempeñado para entonces un papel central en la formación de una identidad propia para la colectividad que vivía en Buenos Aires, al mismo tiempo que influían sobre otros focos catalanistas del interior y de algunos países limítrofes, como Chile o Uruguay. Como hemos visto, se trató de un proceso gradual, no exento de retrocesos y que debió coexistir y competir con otras propuestas identitarias, como la española o la argentina. Esto último, en cualquier caso, no era exclusivo del ambiente rioplatense, ya que, como ha señalado Jordi Canal, fue en la propia sociedad catalana, durante su etapa

de modernización, que el catalanismo debió definirse de manera paulatina, conviviendo e interactuando, a veces de manera conflictiva, con un conjunto de otras opciones.³⁴

Conclusiones

Durante más de un siglo, la colectividad catalana de Buenos Aires logró sustentar un sistema asociativo con múltiples funciones, basado en la afiliación libre y voluntaria. El Montepío de Montserrat cumplió con eficacia sus propósitos mutualistas en una época en la que los servicios sanitarios del país receptor eran aún deficitarios. Para ello fue ayudado por la lenta pero constante renovación de sus bases sociales al ritmo de la inmigración, por la composición social de la colectividad catalana y por la gradual diferenciación de esta última respecto del conjunto de la española. Las críticas que se le formularon a esta institución desde los círculos catalanistas radicales, por su declarada prescindencia política, debieron incluir con el tiempo un reconocimiento, abierto o implícito, acerca de su notable capacidad para brindar y diversificar sus prestaciones, sin alterar los criterios de reserva étnica originalmente planteados.

Con la llegada al Plata de las influencias del catalanismo metropolitano, las demandas asociativas fueron ampliándose, para incluir los motivos culturales y políticos. Ello se produjo en una etapa en la que, al mismo tiempo, se estrechaban las relaciones económicas entre Buenos Aires y Barcelona y se incrementaba la corriente inmigratoria, aun cuando la proporción de catalanes dentro del conjunto español iba disminuyendo. La literatura, el teatro, la música y las artes plásticas fueron las principales áreas en las que se expresó la influencia cultural a través de las asociaciones, que tendieron a replicar eventos que habían resultado exitosos en la península, como los juegos florales. Otra vertiente que estimulaba el agrupamiento era la lúdico-recreativa, la cual llegó a tener preponderancia en el Centre Català pero que no estaba del todo ausente en las demás entidades. Incluso en el flamante Casal de Catalunya, que mantendría en las asambleas de sus primeros años el ambiente de debate y afirmación de la identidad colectiva que había sido patrimonio del Casal Català, una de las razones que llevaron a la rápida expansión de su elenco de socios fue la adquisición de una amplia área suburbana que se destinó a los deportes y el esparcimiento.

³⁴ Jordi Canal, "Carlisme i catalanisme a la fi del segle XIX. Notes sobre unes relaciones complexes", en AAVV., *Le discours sur la nation en Catalogne aux XIXe et XXe siècles*, Université de Paris-Sorbonne, Centre d'Études Catalanes, Paris, 1995, pp.211-230.

Las discusiones político-culturales sobre el catalanismo o sobre las relaciones entre Cataluña y España también corrieron por cuenta de los periódicos y revistas, que en la mayoría de los casos mantuvieron un estrecho vínculo con las asociaciones, difundiendo sus actividades y a veces tomando partido en sus conflictos internos. *Ressorgiment* y *Catalunya* constituyen las dos experiencias más logradas de la prensa catalana en la Argentina, representando, en líneas generales, sendas líneas políticas diferenciadas, aunque no exentas de puntos de contacto. Más allá de sus discrepancias, ambos medios contribuyeron a la creación de ese clima catalanista que sorprendió gratamente a algunos de los exiliados de 1939-40, como Joan Cuatrecasas o Francesc Madrid, cuando advirtieron la actualidad de sus motivos y su amplio alcance. El exilio de posguerra, a su vez, habría de permitir una renovación de las asociaciones y de los periódicos, repitiendo y ampliando el rol de anteriores expatriados catalanes, llegados a Buenos Aires en diversos momentos, desde el inicio de la Restauración. Con ello se prolongó la vida autónoma y genuina de esas instituciones en una última etapa, que se extendería hasta 1970 aproximadamente.